

LA HABITACIÓN DE AL LADO

La muerte y las doncellas

Por Sergi Sánchez

Tal vez no haya más misterio en la muerte que el que deja en un espacio vacío, tras una puerta cerrada. “Yo no tengo nada que revelar. Yo no sé nada”, decía la Muerte de *El séptimo sello* de Bergman. Tal vez si le tenemos miedo es porque nos enfrenta a nuestra propia soledad. Por eso *La habitación de al lado*, la última película de Pedro Almodóvar, flamante ganadora del León de Oro veneciano, no trata tanto sobre la muerte sino sobre cómo nos acompañamos cuando nos acercamos a ella. En ese sentido, hay algo en este melodrama de cámara, preciso y contenido, que nos remite tanto a *Hable con ella* (en la empatía que sostiene una amistad más allá del bien y del mal) como a *Dolor y gloria* (en la descarnada, austera crónica del declive del cuerpo), en lo que parece un imparable proceso de despojamiento formal del estilo almodovariano.

Hablábamos antes de Bergman, y es esta una película de rostros, que busca sus límites en la finitud de sus gestos y en las historias que se cuentan para permanecer vivos. Tilda Swinton y Julianne Moore están expuestas al escrutinio de la cámara, como si no existiera nada más en el mundo que el intercambio de sus afectos. Una pedirá ayuda, la otra la concederá, pero más allá de lo pragmático, ambas se enseñarán mutuamente que aún pueden con-



fiar en lo humano. No importa que se hayan reencontrado en la enfermedad, porque Almodóvar cree que la amistad verdadera lo puede todo. Incluso plantarle cara a la muerte: Martha, la corresponsal de guerra que interpreta Swinton, desde un talante socrático, desde una lucidez que la acepta como aquello que a todos nos iguala; Ingrid, la escritora que encarna Julianne Moore, con la angustia de verla deslizándose entre las sábanas de los que amamos. En ese proceso de aprendiza-

je mutuo habrá también un espacio importante para el duelo colectivo: si la película, libre adaptación de la novela “Cuál es tu tormento” de Sigrid Nunez, parte de la historia de una mujer que agoniza en un mundo agonizante, parece lógico que lo íntimo se proyecte en la cosa pública, en todo aquello que nos concierne como una civilización que se desmorona. Aquí aparece la responsabilidad social del cineasta manchego, que empezó rompiendo una lanza por la memoria histórica en *Madres paralelas* y aquí aborda temas como el cambio climático y, sobre todo, el derecho a una muerte digna.

De todas las referencias que maneja Almodóvar –el *women’s film* de George Cukor, los grandes ventanales teñidos de nieve que remiten a *Solo el cielo lo sabe* de Douglas Sirk, la pintura de Edward Hopperes “Los muertos”, el cuento de James Joyce que cristalizó en la memorable obra póstuma de John Huston, *Dublinenses*, la más poderosa. Su hermoso monólogo final funciona como un mantra que los personajes invocan no solo para arrojarse en la ficción sino también para definir el tono elegíaco de su viaje. Para un cineasta que había cultivado los excesos pop del melodrama, *La habitación de al lado* adquiere una preciosa pátina de poema crepuscular, casi testamentario. Pero el legado que nos quiere dejar Almodóvar es el de la transmisión y la reconciliación con la vida. No pretende cerrar una carrera desde el nihilismo y el desencanto, sino que prefiere mirar el futuro con la serenidad de los que aún tienen mucho que decir.

... y cinco pasiones contenidas

Quim Casas



TODO SOBRE MI MADRE (1999)

Todo sobre mi madre, como *Todo sobre Eva*, la película de Mankiewicz conocida aquí como *Eva al desnudo*. Bette Davis, protagonista de aquella, es una de las actrices a las que Almodóvar dedica su film. Otra es Gena Rowlands, porque toma como punto de partida una situación de *Opening Night*. Y la tercera es Romy Schneider, que en manos de Zulawski supo que lo importante es amar. Almodóvar declara su amor a las actrices, al teatro y al cine en un film que es una epifanía contenida del melodrama desahogado.



HABLE CON ELLA (2002)

Un enfermero (Javier Cámara) enamorado de una bailarina (Leonor Watling) que queda en estado de coma y a su cuidado. Una torera (Rosario Flores), también en coma en el mismo hospital, mientras su pareja (Dario Grandinetti) entabla amistad con el enfermero. Un *huis clos* repleto de matices y pulsiones inesperadas. Una película de cámara –la escena con Caetano Veloso interpretando “Cucurricucu paloma”– y perturbadora, que versa sobre el deseo, el cuerpo y la soledad compartida.



VOLVER (2006)

Una historia de fantasmas que no parecen serlo. Un relato sobre la vida en la ciudad y en el campo, su oposición y la nostálgica casi edénica que la segunda procura en los que viven a disgusto en la capital. Un encuentro entre dos de los grandes rostros femeninos del cine almodovariano, Carmen Maura y Penélope Cruz; falta Marisa Paredes, pero está también Chus Lampreave. Coloquial e irónica, con título de tango gardeliano, aunque no haya nieves del tiempo que plateen las sienes de sus queridos personajes.



JULIETA (2016)

Almodóvar adapta de forma orgánica tres relatos de Alice Munro en esta película sobre rostros que se confunden, al estilo de *Persona* de Bergman, dualidades, ecos del pasado y reencuentros lacerantes del presente. Es la historia de una mujer (Emma Suárez) que conoce el paradero de su hija, a la que no ve desde hace años, a través de una amiga de esta. Relaciones maternofiliales en un melodrama de aparente patina clásica. Pero de las líneas pulidas surgen siempre rugosidades en el cine del director.



DOLOR Y GLORIA (2019)

Precioso ejercicio de auto-ficción que tiene mucho de declaración de intenciones sobre las permutaciones entre cine y vida. No es azaroso que sea Antonio Banderas quien interprete a este alter ego de Almodóvar, un cineasta ya cansado, escéptico, y aún parece más sentido que le encomiende a una de sus actrices predilectas, Penélope Cruz, el papel de su madre en la edad joven, teniendo en cuenta el carácter absolutamente referencial que la madre ha tenido en su vida y obra, en su dolor y en su gloria.